

OLIVER BUTTERWORTH

# El huevo gigante

Traducción de MONTSE TRIVIÑO

Ilustraciones de GUSTAVO ROLDÁN



EDICIONES  
INVISIBLES

# Capítulo 1

**M**e llamo Nate Twitchell, qué le vamos a hacer. Es un nombre un poco raro, pero como ya hace doce años que me llamo así, estoy más que acostumbrado. Y supongo que los demás también se han acostumbrado, después de lo que ocurrió aquí en Freedom el verano pasado. Así se llama el pueblo en el que vivo: Freedom, Nuevo Hampshire. Es un pueblo pequeño, con unas cuantas casas todas en la misma calle, una tienda, una iglesia y no mucho más. Ah, sí, y un colegio. Casi se me olvidaba. Estamos solo a unos cinco kilómetros de la frontera estatal de Maine, pero papá dice que Freedom pertenece a nuestro estado tanto como Concord y que, además, a alguien tenía que tocarle vivir cerca del estado de Maine.

Mi padre dirige el periódico del pueblo. Se llama *Freedom Sentinel* y sale una vez por semana. Enviamos muchos ejemplares por correo a personas que viven en Effingham, Center Ossipee y sitios así. Supongo que el periódico no da mucho dinero, pero también tenemos unas cuantas gallinas, una cabra y un huerto, y eso ayuda.

Pero lo que os quería contar es lo que nos ocurrió. No sé muy bien por dónde empezar. Lo mejor será que vuelva a la primavera pasada, cuando la señora Parsons empezó a dejar

la ventana abierta. A ver, ella duerme todo el invierno con la ventana de la habitación cerrada, pero cuando llega el mes de mayo y el tiempo es más cálido, la empieza a dejar abierta por la noche. Papá siempre espera a que la señora Parsons empiece a dejar la ventana abierta para plantar las judías. Dice que es más fiable que el almanaque.

Total, que la casa de la señora Parsons está junto a la nuestra y su ventana da a nuestro patio trasero, que es donde está el gallinero, y la primavera pasada la señora Parsons empezó a quejarse a mamá porque decía que nuestro gallo la despertaba con su quiquiriquí. Y que teníamos que deshacernos de él.

Al día siguiente celebramos una reunión familiar durante el desayuno. Mamá dijo que no teníamos ningún derecho a molestar a los vecinos solo porque quisiéramos tener un viejo gallo. Papá dijo que, en su opinión, sí que teníamos derecho a molestar a los vecinos, pero que era mejor no molestar a la señora Parsons porque nos deja guardar nuestra cebra en su patio trasero. Cynthia (mi hermana) dijo que le daba igual lo que le pasara a ese pajarraco tan viejo y feo. Eso me hizo enfadar, porque ya hacía seis años que el viejo gallo estaba con nosotros y a mí me cae bien. Nos lo trajo el tío Julius de su granja de Potter Place. Tiene el pelo rojo —el gallo, quiero decir—, una mirada salvaje y, siempre que puede, se dedica a perseguir a mi hermana batiendo las alas. Ella lo odia.

Total, que yo dije que tendríamos que buscar la manera de que el gallo estuviera en silencio a primera hora de la mañana y que, si funcionaba, nosotros podríamos quedarnos el gallo y la señora Parsons podría dormir, y así todos contentos.

—¿Y qué propones que hagamos para que esté en silencio? —quiso saber papá—. Los gallos tienen muy arraigada la costumbre de cantar al amanecer.

—¿No podríamos encerrarlo en algún sitio por la noche? —dije—. Podríamos dejarlo en el sótano, porque allí está oscuro y así no sabrá cuándo tiene que cantar.

A mamá nunca le ha gustado tener a ninguno de nuestros animales dentro de casa, así que la idea no le hizo mucha gracia, ni siquiera cuando me ofrecí a limpiar su cajón cada mañana, pero papá dijo que podíamos probarlo durante un tiempo a ver qué pasaba.

—Al fin y al cabo —dijo—, no podemos condenarlo sin un juicio. Si hiciéramos tal cosa precisamente aquí, en Freedom, daríamos un mal ejemplo al resto del país.

Finalmente, mamá estuvo de acuerdo en probar y a mí me correspondió la tarea de bajar a Ezekiel al sótano por las noches y dejarlo salir por las mañanas. Le pusimos al gallo el nombre de Ezekiel en honor a un tío abuelo mío. Papá dice que es importante conservar un nombre como ese en la familia.

Bueno, durante más o menos un mes, yo seguí bajando a Ezekiel al sótano todas las noches y dejándolo salir otra vez

por la mañana. No le gustaba nada y solía armar bastante alboroto cuando yo intentaba atraparlo al atardecer. Cuando lo bajaba de su palo, empezaba a cacarear y a batir las alas junto a mi cara, y entonces todo se llenaba de plumas y de polvo y las gallinas se alborotaban. Me empecé a cansar de tener que hacerlo todos los días, y a veces hasta me preguntaba si valía la pena armar tanto jaleo por un gallo. Pero bueno, ya sabéis lo que pasa cuando haces algo que ha sido idea tuya: no puedes echarte atrás porque entonces todo el mundo te suelta eso de «ya te lo dije». Así que seguí bajándolo y subiéndolo, y el sótano pronto empezó a llenarse de plumas. A veces, a eso de las tres de la madrugada, se oía a Ezequiel cantando allí abajo, pero el sonido quedaba bastante amortiguado, y nadie de la familia se quejó.

Estábamos más o menos a mediados de junio cuando pasó una cosa muy curiosa. Ya hacía una semana o así que me había fijado en que una de las gallinas tenía un aspecto bastante raro: se había hinchado mucho, tenía el cuerpo como torcido y las plumas le sobresalían por todas partes, como les suele pasar a las gallinas cuando están demasiado preocupadas para alisárselas. Papá pensaba que estaba clueca y que quería poner, y me dijo que la echara del ponedero, pero yo tenía la sensación de que le pasaba algo más. Engordó tanto que apenas podía caminar y, la verdad, no tuve valor para echarla del nido después de que la pobre consiguiera subir.

Así que se quedó allí sentada toda la semana, creciendo y creciendo, más y más sorprendida cada vez. Y una mañana, cuando llevé a Ezekiel al corral, eché un vistazo al gallinero para ver cómo estaba la gallina y, caramba, me encontré con el huevo más grande que había visto en mi vida. Era tan grande que ocupaba casi todo el nido, y la pobre gallina estaba haciendo equilibrios en el borde del ponedero. Tenía la cabeza ladeada y contemplaba el huevo como si no supiera qué era. Lo toqué y la cáscara me pareció rugosa, como si fuera un huevo de tortuga: tenía una forma un poco alargada y era tan grande como un melón, o puede que más.

Volví corriendo a casa y empecé a gritar que nuestra gallina acababa de poner el huevo más grande del mundo, que se dieran prisa y fueran a verlo antes de que explotara o algo. Echarnos todos a correr hacia el gallinero y yo tenía miedo de que el huevo hubiera desaparecido, pero no, allí estaba. La gallina se había sentado encima y hacía todo lo que podía para cubrirlo con el cuerpo. Parecía un poco confusa, como si aquello no fuera exactamente lo que esperaba, pero se hubiera resignado. Creo que hasta la admiré un poco.

Al principio, papá pensó que era una especie de broma y me miró por el rabillo del ojo. Pero cuando apartamos a la gallina del huevo para poder observarlo bien, todos estuvimos de acuerdo en que era un huevo de verdad, aunque bastante raro. Papá se rascó la cabeza, observó a la gallina, luego el huevo, y luego otra vez a la gallina.

—Parece imposible —dijo—. El huevo es casi tan grande como ella. ¿Cómo lo habrá hecho?

—¿Y qué vamos a hacer con ese huevo? —preguntó mi hermana.

—Nos lo podríamos comer para desayunar —propuso papá—. ¿Cuántos minutos habrá que hervir un huevo de este tamaño?

—No nos lo vamos a comer para desayunar —dijo mamá—. No pienso meter esa cosa en mi cocina. A mí me parece un huevo de serpiente.

—Pues menuda serpiente —dijo papá.

Pero yo pregunté si nos lo podíamos quedar y dejar que la gallina lo incubara hasta que se abriera, solo para ver qué había dentro.

—Nada bueno, de eso estoy segura —dijo mamá—. Probablemente será algo feísimo. Pero que no se os olvide: si es un cocodrilo, un dragón o algo así, no lo quiero en mi casa ni un minuto.

—Muy bien, señora Twitchell —dijo papá, mientras me guiñaba un ojo—. Prometemos no meter ningún dragón en casa.

Colocó de nuevo la gallina sobre el huevo gigante y la pobre resbaló y batió las alas para tratar de mantener el equilibrio allí arriba. Volvimos todos a casa para desayunar, y papá dijo que, gracias al huevo, tendría algo de que hablar en el periódico, aparte de los consabidos cotilleos locales.

Cynthia no estaba tan entusiasmada como yo con aquel huevo enorme, pero lo habría estado si hubiera sabido lo que iba a salir de él.

